

PREGÓN DE SEMANA SANTA

Munera, 30 de mayo de 2019

Reverendo padre don José Antonio, presidentes y miembros de la Junta de cofradías, autoridades, hermanas y hermanos cofrades:

Cuando el presidente de mi cofradía, el amigo Ramón Moya, me llamó para preguntarme si quería ser el pregonero de la Semana Santa de este año, mi reacción fue similar a la que experimentó el centurión de Cafarnaún cuando le pidió a Jesús que curase a su sirviente. Al igual que el personaje bíblico no se sentía digno de que Cristo entrase en su casa, yo no me siento hoy merecedor ni con la capacidad suficiente de ejercer como pregonero de nada más y nada menos que la fiesta más importante de la liturgia cristiana. Yo no soy teólogo, ni experto en cánones, y tampoco he estudiado nunca en el seminario –aunque se ha dicho alguna vez-. Por ello esta tarde lo único que puedo ofrecer aquí es la visión y el testimonio de un monaguillo que lo es desde los 8 años, y que desde esa misma edad pertenece a la cofradía de San Juan Evangelista, a cuyo presidente y junta directiva quiero agradecer el haberse acordado de mí para pronunciar este pregón aunque, como he dicho, no sea posiblemente yo la persona más indicada para ello.

En torno a cada fiesta, el paso del tiempo ha ido configurando una serie de tradiciones, que año tras año se repiten. La Navidad, la feria, y cómo no, la Semana Santa reúnen un buen número de costumbres rituales y populares que generación tras generación revivimos. Pero si hay algo que caracteriza en especial a esta última y que la hace diferenciarse de las demás celebraciones, es que durante la Semana Santa la tradición nos invita a no quedarnos solo en el ámbito familiar y doméstico, sino que nos hace salir de nuestra casa para reunirnos en torno a otras personas, muchas de ellas muy diferentes, con las que compartimos un propósito: sacar adelante una cofradía. Este hecho, que quizás nos parezca por costumbre tan usual, bien mirado significa, en parte, la realización de lo que Jesús promulgó en el Evangelio: abandonar nuestra casa para, unidos a nuestros semejantes, llevar a cabo una empresa común donde reinen la fraternidad y el compañerismo.

En mi caso, esa fraternidad y compañerismo los vivo al lado de mis compañeros costaleros, que con tanto esfuerzo procesionamos la imagen de San Juan. Recuerdo aún con simpatía la primera tarde que quedamos para ensayar, y la impresión que nos produjo a todos los que allí estábamos ver aquellas andas nuevas. Qué bonitas, pero qué grandes, madre mía, cómo íbamos a poder con aquello. Y la primera vez que las levantamos, bueno, que las levantaron entre unos pocos, porque allí estábamos gentes de todas las estaturas, y lógicamente el peso cayó en brazos de los más altos. Pero por suerte, después de equilibrarnos y ensayar durante bastantes noches el paso y los temidos encuentros, que tantos sudores fríos dieron a nuestro capataz, sacamos a San Juan a hombros. Lo sacamos aquel año y, con esta, si Dios quiere, serán ya siete las semana santas que habremos procesionado como costaleros. Y es que, aunque la carga sea mucha, entre todos, podemos con ella.

Eso lo saben por experiencia aquellos que toman la iniciativa de fundar cualquier obra, en este caso, una cofradía. La de San Juan data de la década de los 80, y en estos casi 40 años de historia son muchas las personas que han trabajado con tesón para que la cofradía naciese, primero, y perdurase después en el tiempo. Una de las mejores maneras de mantener la cofradía, y hacerla evolucionar, es sin duda la creación de una banda de cornetas y tambores. Así queda patente en las cuatro agrupaciones musicales de semana santa que tenemos en Munera. Y aunque hoy en día son cada vez más los que saben música, los primeros miembros que las conformaron no tuvieron esa suerte. No eran profesionales, sino meros aficionados que únicamente contaban con las herramientas de la ilusión y el trabajo, y que solo ellos sabrán el esfuerzo y quebraderos de cabeza que lleva crear y sostener una banda. En mi familia hemos vivido de cerca esta realidad, pues mi tío Miguel Ángel, primeramente, y siguiendo su ejemplo muchos de mis primos y mi hermana, pertenecieron a la agrupación de cornetas y tambores. Curiosamente, quizás por ser yo clarinetista, no me animé nunca a tocar, y durante bastantes años formé parte de ese otro grupo imprescindible de la cofradía, los penitentes que acompañan a San Juan. Entre ellos quiero mencionar a la que durante tantos años fue presidenta de nuestra cofradía, Aurelia Orcajada, a quien es de justicia agradecer hoy desde aquí su trabajo.

Sin duda, la Semana Santa me trae a la memoria muchos momentos buenos, por la intensidad con la que yo, santurrón de nacimiento, vivía y sigo viviendo estas fechas. Llegado este tiempo, mi abuelo siempre nos contaba cómo su padre y su abuelo, terminada la guerra, construyeron mano a mano el primitivo sepulcro para la procesión del Santo Entierro, y el trabajo que les llevó hacerlo, porque era de sabina y cristales, como muchos recordarán, y ese tipo de madera es muy difícil de modelar. Imposible de olvidar es también, aunque no era yo muy grande, la comida de Jueves Santo en casa de mi abuela Társila, donde nos reuníamos todos a comer el potaje. A mi abuela debo en gran medida la devoción a los santos, que también han heredado varios miembros de mi familia. El recuerdo de los que ya no están es otra de las realidades imprescindibles que nos acompañan, sobre todo en días como estos, que muchas veces se hacen especialmente duros al echar de menos a aquellos seres queridos que vivían con nuestra misma ilusión la Semana Santa. Todos los aquí presentes los tenemos, y para mí es imposible no acordarme de mi tía Flora, que tanta devoción tenía a San Juan. Aunque doloroso, el nuestro debe ser, ante todo, un recuerdo esperanzado, máxime en Semana Santa, donde conmemoramos la victoria de Cristo sobre la muerte y el triunfo de la Resurrección.

Los míos, como he dicho al principio, son los momentos de cualquier persona de las que estáis aquí. Como pregonero, únicamente me queda animaros a que acudáis no solo a las procesiones, sino también a los Santos Oficios. A ellos siempre nos invita don José Antonio, a quien quiero hacer hoy un reconocimiento especial. Él, además de un sacerdote ejemplar, es un hombre que cuenta con el afecto de todo el pueblo, y para mí, que he crecido domingo tras domingo a su lado, es un gran amigo. Tenemos mucha suerte de contar con él.

Los Santos Oficios, como decía, contienen la verdadera esencia de lo que celebramos este tiempo. No lo olvidemos, pues de otra manera la Semana Santa se convertiría en una fiesta o espectáculo más que poco o nada tendría que ver con la religión. En ellos rememoramos la historia de la Pasión de Cristo, una historia que dos mil años después tiene vigencia, porque se sigue repitiendo en nuestra actualidad. La traición de los compañeros, la madre que abraza el cadáver de su hijo o la compañía del amigo incondicional son realidades con las que nos encontramos día tras día. ¿O no son víctimas inocentes, como Jesús, las 13 mujeres muertas por violencia de género en lo que llevamos de 2019? ¿No es cierto que en la actualidad hay gobernantes o aspirantes a

gobernantes que, como Pilato, se lavan las manos ante las injusticias, o condenan a seres humanos, si no a la pena de cruz, sí a la de morir ahogados en el mar, perseguidos por la guerra, o hambrientos frente a los muros de alguna frontera?

Meditemos esto, queridos amigos. Todos somos hermanos, y en la conciencia de amor al prójimo que Jesús demostró en la última cena, debemos trabajar para lograr que esos viernes santos que padecen muchas personas vayan desapareciendo. Cada uno de nosotros, en la medida de nuestras posibilidades, podemos hacer algo al respecto. La Semana Santa es el tiempo de la fraternidad; esa fraternidad que hemos de tomar como base de nuestra sociedad, y en la que, como ya he dicho, tiene su fundamento una cofradía. Las cuatro que componemos la Semana Santa de Munera debemos también trabajar fraternalmente, no solo dentro de nuestra cofradía, sino también con las demás. Entre todos formamos nuestra Semana Santa, y solo en ese espíritu podremos hacer posible que esta fiesta siga creciendo y permanezca en el tiempo.

Hermanos de Medinaceli, nazarenos, dolorosos y sanjuaneros: os deseo que viváis –vivamos– una feliz Semana Santa, en esos valores universales de fraternidad, amor y compañerismo que Cristo defendió y que trascienden fronteras, ideologías y religiones, porque son, simplemente, humanos. Que así sea.

He dicho.

Fructuoso Atencia Requena